

partir de hácia Tepeyac un torbellino de fuego como sangre, envuelto en llamas y centellas, y haciendo gran ruido, rodeó el campo de los aztecas y se hundió con grande estrépito en las aguas de la laguna. (1) »

Los escritores que han dado la anterior relación de un prodigio cuyo objeto fué anunciar á los mexicanos que el triunfo definitivo habria de ser del enemigo, refieren que la Imagen de la Virgen de los Remedios se apareció en los aires durante el combate desconcertando á los mexicanos é infundiendo valor con su presencia á los españoles.

El hecho es que al repetir al siguiente día su asalto los sitiadores, los sitiados no pudieron llevar más adelante su heroísmo y México fué tomado por Hernán Cortés el 13 de Agosto de 1521.

El sitio de México,—dice Clavijero,—comparable al de Jerusalén en desgracias y estragos, duró setenta y cinco días, en cuyo tiempo murieron algunos millares de los doscientos mil aliados que se hallaban presentes, y de novecientos españoles más de cien. Se ignora el número de los mexicanos muertos, pero, según los datos de Cortés, Bernal Díaz y otros historiadores, pasaron de cien mil, sin contar los que murieron de hambre, ó de enfermedad ocasionada por la mala agua que bebían, ó de la infección del aire, que, según el mismo Cortés, fueron más de cincuenta mil.

(1) El P. Florenciá.—Torquemada.—Sahagun.—Gomara.

Capítulo V

Nuevos reyes—nuevas leyes

Conocido es, sin duda, de la mayoría de mis lectores, el episodio referente á la prisión del rey Cuauhtemoczn.

Todo estaba perdido.

Los guerreros mexicanos que aun habían podido blandir su macana sobre la cabeza de sus enemigos, habían muerto á manos de éstos.

Los que sin fuerza para otro tanto no quisieron verse prisioneros de guerra, se arrojaron á las aguas del lago, ya para ganar á nado la otra orilla, ya para morir ahogados si no lo lograban.

Los jefes principales que sobrevivían á tamaño desastre, tomaron las barcas y canoas para ganar la tierra y en ella ver de alzar nuevos ejércitos.

Las mujeres y los niños se presentaron en tropel á Hernán Cortés implorando gracia de la vida.

Gonzalo de Sandoval, uno de los mejores capitanes del

conquistador, recibió de éste el encargo de impedir la fuga de las canoas acosándolas con los bergantines.

Algunas lograban escapar en los primeros momentos, y entre ellas la que ocupaba Cuauhtemoczín, con la reina su esposa, su familia y los reyes de Acolhuacán y Tlacopán.

Pero sabiéndolo Cortés, despachó en su persecución al español Holguín, comandante de uno de los bergantines, y Cuauhtemoc cayó prisionero.

Al ser trasladado al bergantín español, el rey adelantándose, dijo á Holguín:

—Soy vuestro prisionero, y sólo os pido tratéis á la reina mi esposa y á sus damas, con el respeto debido á su sexo y condición.

Al encontrarse en presencia de Cortés, le dijo:

—«He hecho en mi defensa y la de mis súbditos cuanto exigían de mí el honor de mi corona y el amor de mis pueblos; pero los dioses han sido contrarios á mi resolución y ahora me veo sin corona y sin libertad. Soy vuestro prisionero: disponed de mi persona como gustéis.»

Y poniendo su mano en un puñal que Cortés llevaba al cinto, añadió:

—¡Quitadme la vida ya que no he sabido perderla en defensa de mi reino!

Cortés admirado de la juventud y discreción del valeroso monarca, contestó con afables razones y galanas promesas, le conservó á su lado y le prometió no hacer daño alguno á sus antiguos súbditos.

Accediendo á sus súplicas, Cuauhtemoc dió sus órdenes para que ninguna provincia continuara resistiéndose á los españoles; Cortés dispuso que los mexicanos saliesen de la ciudad sin armas ni carga alguna.

Durante tres días con sus noches, se vieron llenas las calles de gente macilenta que regresaba á sus pueblos.

La fetidez de los cadáveres de que estaban llenas las acequias, calles y casas, era espantosa, y el piso se halló excavado por los infelices que buscaban raíces para alimentarse con ellas.

A fin de sanear la atmósfera, Cortés mandó quemar grandes cantidades de maderas resinosas, y dar sepultura á los cadáveres: mientras estas operaciones se llevaban á cabo y la ciudad volvía á ser habitable, trasladó su cuartel real á Coyoacán.

Logrado esto, comenzó la redificación de la ciudad con arreglo á un plano ó traza que quedó demarcada casi toda ella por acequias: de éstas que, según hemos dicho, eran muchas en la antigua capital azteca, fueron cegadas la mayor parte con los escombros de los edificios arruinados y sólo se conservaron los indispensables para facilitar el tráfico de las canoas.

Estas calles tomaron en lo general el nombre de calles del agua.

Los terrenos que quedaban fuera de la traza, se destinaron á los barrios de indios; y el interior, que formaba un gran cuadrado, se dividió en solares de los que se dió uno á todo individuo que quisiera ser vecino de la ciudad y dos á cada conquistador. A unos y otros se les impuso la obligación de construir su casa en un periodo de tiempo determinado, so pena de perder todo derecho al solar.

Excusado nos parece decir, que las primeras construcciones á que se dedicaron los conquistadores, fueron la iglesia mayor y las casas de Cortés.

Este tomó para sí los solares que habían ocupado los palacios nuevo y viejo de Moctezuma.

El llamado nuevo extendía sus múltiples construcciones en el terreno en que hoy se alza el palacio nacional, la plaza del Volador y la Universidad.

El viejo llenaba por sí solo el gran cuadro que marcan las calles del Empedradillo, Tacuba, San José el Real y Plateros.

La iglesia se levantó en el atrio del templo de Huitztopochtli, cuya enorme é imponente masa medio destruida, se conservó durante algunos años para desaparecer más tarde y servir de cimiento al grandioso templo de nuestra gran Catedral.

Nada más sencillo y humilde que la primitiva iglesia mayor, construida de un modo enteramente provisional.

Pero nada tan sublime, grande y majestuoso, como las sencillas ceremonias del culto celebradas entre aquellos humildes muros.

Los conquistadores en medio de su rudeza, habituados al peligro, hechos á desafiar la muerte, endurecidos no menos que sus féreas armaduras, poseídos de la pasión de la codicia, unían á sus vicios y virtudes un fervor religioso ilimitado.

Venidos al país en número tan reducido que sus bultos perdíanse entre la muchedumbre de sus enemigos, todo un colosal imperio cuyos límites ignoraban, cuyo suelo desconocían, había caído á sus plantas vencido y sojuzgado.

¿Quién podría asegurarles que aquella sumisión no fuera más que aparente?

¿Quién podía decirles, que satisfechos los odios de las naciones enemigas de la mexicana, éstas no creyesen llegado el instante de deshacerse de aquellos atrevidos aven-

tureros que osadamente les imponían el yugo de un monarca desconocido é invisible?

Su grandiosa conquista podía ser tan deleznable como lo era épica.

La suerte, aun siendo próspera, asombra y espanta cuando es rápida.

En tales casos el hombre vuelve natural, instintivamente sus ojos á la Providencia.

Y le ruega le conserve el bien que le ha dado y le rinde gracias por los peligros corridos.

Esto hacían los conquistadores prosternándose ante el modesto altar de la primera iglesia católica aquí establecida.

Todos oraban con fe y reconocimiento cristiano.

Y hundían su frente en la tierra que formaba el pavimento de la iglesia, tierra cien veces regada con su sangre.

Y en tan humilde actitud, permanecían mientras el capellán de Cortés alzaba á los cielos la blanca forma y el dorado cáliz.

Los aztecas expiaban con curiosidad desde el dintel de la puerta aquella escena de humildad y fervor cristiano, y su asombro era extraordinario.

Sobre las gradas del altar, elevábase entre el humo del incienso, la imagen de una mujer blanca y de dorados cabellos.

Su rostro, dechado de rara perfección, seducía con sus encantos.

En sus labios se estereotipaba una sonrisa dulce como el apacible beso de las brisas.

Sus ojos permanecían fijos sobre cuantos la contemplaban y su mirada era amable y consoladora.

Rodeaba su cabeza un círculo de estrellas de plata.

Bajo sus piés, que salían delicadamente de entre el pliegue inferior de la blanca túnica, estaba la luna también de plata, apoyada sobre una esfera azul que le servía de escabel.

Azul también y salpicado de estrellas de oro, el manto descendía de sus hombros.

Sus manos sonrosadas, plegábanse una sobre otra y á la altura de su pecho en arrobadora actitud.

¿Qué diosa era aquella tan distante de la deformidad de los ídolos aztecas?

¿Qué especie de sacrificio era aquel en que no se escuchaban los alaridos de las víctimas, ni se manchaba el altar de roja y humeante sangre?

¿Qué clase, en fin, de sacerdote era aquel que oficiaba sin ensuciar su rostro con el negro betún del ulli sagrado, y que en vez de la repulsiva desnudez del azteca vestía la limpia y rizada alba, y la casulla recamada de oro de todos colores?

¿Cómo explicarse que aquellos heróicos conquistadores tan terribles en el combate, pudieran humillarse ante la dulce imagen de su Virgen sin mancha, profiriendo tan sólo palabras de piedad y devoción?

¿Cuán distinto era el proceder de los guerreros aztecas ante sus dioses!

Armados de todas sus armas, blandíanlas en revuelta y estruendosa danza, y ofreciales un simulacro de batalla, dando salvajes y destemplados gritos.

En vez de la sencilla hostia, el sacerdote levantaba en sus manos el palpitante corazón de la víctima, y en vez del dulce licor contenido en el cáliz, recogían en enormes bateas la sangre caliente y espesa del sacrificio.

Sin embargo, no podían dudar que el Dios cristiano, era más fuerte y poderoso que el suyo.

En los días de su primera entrada en México, Hernán Cortés había obtenido de Moctezuma permiso para colocar una imagen semeiante á la que veían en la primera iglesia, en la azotea del templo mismo de Huitzolo-pochtli.

Cuando el odio de los mexicanos hacia los españoles, se acentuó después de la matanza de nobles ordenada por Alvarado, los aztecas quisieron arrancar la pequeña imagen cristiana del altar en que había sido colocada.

Pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles, y ni aun amarrándola con fuertes cuerdas lograron moverla de su lugar.

Pretendieron entonces quemarla y el fuego se apartó de la imagen, y con sus llamas produjo horribles quemaduras á los impíos que así pretendieron destruirla.

La diosa española, según los aztecas la llamaban, no salió del templo de Huitzolo-pochtli, hasta que los españoles abandonaron la ciudad.

Cuando esto se hubo efectuado, la imagen desapareció por sí misma, y las antiguas cenizas se inflamaron espontáneamente y consumieron su altar como si Dios hubiese querido que no pudiera ser profanado por los sacerdotes aztecas.

Los piadosos escritores que de estas maravillas se han ocupado, añaden que aquella imagen que fué llamada, y continúa siéndolo, de los Remedios, se mostró varias veces en el cielo, durante el sitio de la capital, y aunque sin tomar parte en los combates favorecía á los españoles, arrojando con sus divinas manos haces de impalpables rayos que iban á dar á los ojos de los indios, quienes sin-

tiéndose cegar, supusieron que lo que les arrojaba eran puñados de tierra.

No eran tales, sino haces de rayos como queda dicho, pero no rayos capaces de matar, sino rayos de la fortísima luz que se desprende de su divino cuerpo, según en pinturas y esculturas se le representa.

Con su luz no quedaban ciegos los indios sino momentáneamente, y de nuevo recobraban la vista pasado el primer efecto, ni más ni menos que acontece á quien fija su vista en el disco luciente del sol.

Su objeto no fué otro que el de llamar la atención de los indios sobre su sagrada imagen, convidándoles á participar de la luz de la gracia.

Así lo afirman escritores eclesiásticos, y acerca de la aparición de la imagen en aquellos momentos el P. Florencia dice:

«Entre los recios combates,—dicen á una Francisco López de Gomara y los P. P. Torquemada y Betancourt,—que tenían entre sí todos sitiadores y sitiados, hubo uno tan fuerte, que habiendo éstos prendido fuego á las casas donde se resguardaban aquéllos, se creyeron acabar de una vez con los castellanos, á no ser que fué vista la Virgen Santísima por el aire, echando tierra en los ojos de los indios y cegándolos para que no prevaleciesen.»

Capítulo VI

El martirio de Cuauhtemoc

EN tanto que Hernán Cortés afirmaba el dominio del rey de España en las tierras por él conquistadas, pues tan luego como se difundió la noticia de la toma de la capital, comenzaron á someterse las provincias del imperio que aun no lo habían hecho, sus soldados y camaradas sólo se preocupaban de descubrir los tesoros de los reyes aztecas y de sacar el mayor provecho posible de las tierras conquistadas.

Cuauhtemoc, urgido por las instancias de Cortés que á la vez lo era por las de toda su gente, despachó por varios rumbos emisarios que recogieran los tesoros de los reyes de las diversas provincias, y si bien no fué escasa la cantidad de objetos preciosos reunida, no se satisfizo con ella la codicia de la soldadesca y aun se cuenta que el mismo Cortés dijo con manifiesto desdén, que aquello ni equivalía á lo perdido ni menos podía ser el tesoro de Moctezuma.

El infortunado rey objetó que la parte más rica del

tesoro de sus predecesores había sido extraída por los españoles en la famosa *Noche Triste* y en ella y por ellos perdida en combate con los mexicanos.

Añadió que durante el sitio muchas de aquellas riquezas pasaron á manos de los mismos aliados de los españoles, como precio y en cambio de los comestibles que en la ciudad escaseaban.

Y por último, que los vecinos de Tlaltelolco, viéndose estrechados y próximos á perecer, habían confiado sus riquezas á los Tenochcas, quienes por las calzadas habíanlas puesto en salvo.

De las pesquisas que se hicieron para descubrir su paradero resultó por informes de algunos indios, que los solicitados tesoros habían sido arrojados al fondo de la laguna que cercaba á México: hicieron venir los buzos más diestros que se encontraron, con el fin de proceder á la extracción, pero fué tan poco lo que logró sacarse que, según un historiador, ni siquiera quedaron compensados los gastos.

Pronto pudieron convencerse los conquistadores de que los mexicanos habían tomado el partido de no revelar cómo ni dónde se hallaban ocultas sus riquezas, y que lejos de facilitar sus pesquisas sólo trataban de estorbarlas y dejarlas frustradas.

Buscáronse entonces los sepulcros de los reyes y caciques, pues sabíase que sus deudos los enterraban con lo más precioso que poseían; pero los objetos de valor por este medio recogidos, no lograron saciar la sed de oro de los profanadores.

Su codiciosa fiebre llegó á un grado tal que, no pudiendo conformarse con la inutilidad de todas sus tentativas, la voz general de aquellos famélicos avarientos se

levantó terrible, franca y sin ambages contra Hernán Cortés, acusándole de hallarse en inteligencias con Cuauhtemoc, para ocultar los tesoros reales y repartírselos después en provecho propio.

El descontento de los quejosos llegó á revestir la forma de un conato de conjuración, á cuyo frente se puso de un modo descarado el tesorero del ejército, nombrado Alderete, quién acusó públicamente á Cortés de haber escondido las riquezas que en secreto le habían entregado los mexicanos.

El conquistador llegó á perder la paciencia y hubiera cortado las cabezas á sus difamadores si hubiese dispuesto de gente para ello; pero, ya lo hemos dicho, el descontento era general y en la conjuración habían entrado aún muchos de sus mismos amigos personales.

Entonces fué cuando se perpetró uno de los más bárbaros é indisculpables crímenes que la historia registra.

El noble é infortunado Cuauhtemoc fué sometido al tormento en compañía del rey de Tacuba.

Se les amarró con fuertes cuerdas á una especie de potro, se les desnudaron los piés y ungiéndolos con aceite se los expusieron á un fuerte y vivo fuego de brasas, que en pocos momentos se los dejó en carne viva produciéndoles espantosos sufrimientos.

El objeto era que el dolor les obligase á revelar el escondite del tesoro, pero el heroico rey ninguna revelación hizo, mostró una casi absoluta insensibilidad y sólo pronunció algunas palabras contestando al de Tacuba que se quejaba de un modo lastimero y en son de reproche.

Estas palabras que la tradición supone haber conservado, fueron:

—¿Acaso estoy yo en algún lecho de rosas?

Con lo que quiso darle á entender que pues él sufría sin proferir ni una queja, en ello debía imitarle para honor de su raza y baldón de la enemiga.

Queriendo, aunque tarde, evitar éste, y admirado de aquél, Hernán Cortés se opuso á que el martirio continuase; hizo retirar el fuego y desamarrar á las víctimas que quedaron para toda su vida lastimadas.

Confusos y espantados los quejosos no se opusieron á la orden de Cortés, y bajando ante él las frentes merecieron que les dijese al paso:

—Habéis manchado el nombre de vuestro capitán; os llamaría miserables si mi conciencia no me acusase como me acusa de haber por única vez en mi vida cedido á vuestras amenazas.

A partir de aquel día Cortés hizo cuanto estuvo á su alcance para hacer olvidar á Cuauhtemoc la parte que había tomado en su tormento.

Le nombró señor y gobernador del barrio de Tlalte-lolco, como un tributo de justicia y homenaje de admiración al valor y constancia con que en él sostuvo el sitio que pusieronle los españoles, y buscando que éstos le viesen con el respeto que merecía, siempre que recorría la ciudad le llevaba á su lado montado á su igual en un buen caballo, cuyo manejo pronto aprendió el rey azteca.

Pero si bien estimó en lo que valían estas y otras muchas mercedes de Cortés, nunca dejó de verle con cierta amarga sonrisa de superioridad, que el conquistador tomó como manifestación de rencor y de desprecio; unido esto al remordimiento que jamás le abandonó ni dejó de mortificarle, en el corazón de Cortés nació y se desarrolló cierta envidia ó pasión de ánimo que no poco

contribuyó al desgraciado fin que algún tiempo después tuvo el último emperador azteca.

A principio del año siguiente, esto es, en 1522, Cortés comenzó á fijar los fundamentos de la autoridad civil, y de acuerdo con los conquistadores sus compañeros nombró alcaldes y regidores de la ciudad y repartió las tierras entre ellos señalándoles cierto número de indios que las cultivasen.

Este sistema de repartimiento de tierras y hombres tuvo origen en las islas primeramente descubiertas, de resultas del mal trato que recibían los naturales de parte de la soldadesca interesada en sacarles el mayor producto posible.

Pretendiendo corregir este vicio y aminorar sus crueldades, á cada poblador se le encomendaron el cuidado, conservación y enseñanza religiosa de los indios sujetos á su servicio y éstos aceptaron el compromiso á título de protectores.

Distantes y mucho estuvieron de serlo, pues atentos á la satisfacción de su codicia no cuidaron de mejorar la mísera condición de los naturales, quienes por su parte trabajaban de mala gana para sus vencedores y oponíanles la mayor resistencia pasiva que érales dable.

En México estos abusos iban á llegar á su colmo y á originarse en ellos los interesantes y conmovedores episodios que en gran parte van á llenar las páginas de este libro.

Por supuesto que en este asunto sucedió á Cortés lo mismo que acontece á todo aquel á cuya cuenta corre un reparto: no repartió á gusto de nadie, todos se dieron por perjudicados, las quejas se multiplicaron y de las envidias surgieron discordias lamentables.

Defendióse Cortés como pudo y cuanto pudo de las exigencias de su gente y dió parte al emperador Carlos V de todo lo acaecido antes y después de la conquista (1), pidiéndole por premio de sus trabajos y del de sus soldados que aquellos reinos que tenía por los más felices y ricos del mundo, conservaran el nombre de *Nueva España* con que ya la nombraban, sin permitir que en algún tiempo se enajenaran de la corona de Castilla; que aprobara los nombramientos y repartimientos hechos por él y que le remitiesen obispos y sacerdotes que convirtiesen á la fe á los pueblos conquistados y también labradores con ganados, plantas y semillas, no permitiendo que pasaran á estas tierras letrados, médicos ni tornadizos.

Alonso Dávila, Antonio Quíñones, Juan de Rivera y Diego Ordaz, recibieron la comisión de llevar al rey los pliegos de Cortés y del Ayuntamiento, juntamente con el quinto real en el que figuraban una esmeralda del tamaño de una mano, las perlas del más bello oriente, notables pinturas de pluma y ricas vestiduras sacerdotales: á esto se agregaron dos mil cuatrocientos marcos de oro en tejos.

Estas riquezas no llegaron á manos de Carlos V, pues el buque que las conducía fué apresado por un corsario llamado Florin y entregadas á Francisco I, rey de Francia.

Hernán Cortés, mientras las obras de reconstrucción de la ciudad adelantaban, continuó residiendo en Coyoacán y allí recibió la visita que le hizo á nombre del rey de Michoacán, el príncipe su hermano, nombrado embajador especial para este caso.

(1) El P. Andrés Cavo.

Algún tiempo después el mismo rey en persona acudió á saludar á Cortés, quien le hizo un gran recibimiento, con gran enojo de los mexicanos, de los cuales siempre habían sido enemigos los de Michoacán.

El rey de éstos se hacía notar entre sus súbditos por la sencillez de sus costumbres: á tal extremo las llevaba que vestía con la mayor humildad, contrastando con el lujo de los cortesanos, por cuya razón los mexicanos le pusieron el despreciativo apodo de *Calzonzi* que tanto significa como sandalia ó zapato viejo.

El rey no mostró ofenderse por ello, y de modo tal la malevolencia se encargó de popularizar el apodo, que sólo por él llegaron á nombrarle y conocerle en lo de adelante españoles y mexicanos.

Capítulo VII

La conjuración

Todo parecía caminar á medida del deseo de los conquistadores.

La mayoría de las naciones que formaban parte del gran imperio azteca continuaban sometándose al nuevo orden de cosas, y contra aquellas que parecían resistirse á la ley común Hernán Cortés envió capitanes de su confianza. Con este objeto salieron Olid para las Hibueras y Orozco para Oaxaca.

Esto no obstante la raza vencida estaba muy lejos de haberse sometido por completo al poder del vencedor.

Doblegada bajo el peso del yugo no podía, es cierto, erigirse en son de reto y rebelión, pero no por eso dejaba de rebullirse y conspirar con tanta mayor facilidad cuanto que por una parte los españoles manteníanse lo más recogidos posible en su cuartel real de Coyoacán y por otra les eran casi desconocidos los idiomas indígenas.

Las imponentes ruinas de la antigua capital eran durante la noche teatro misterioso de curiosas escenas.

Pasada la media noche y cuando más absoluto era el silencio, veíanse surgir de entre los escombros de los edificios en ruina, multitud de humanos bultos que á paso apresurado dirigíanse al lugar en que el gran teocalli de Huitzolopochtli extendía imponente sus sangrientas y ahumadas paredes.

Cuando el número de los conjurados estaba completo, un sacerdote, que vestía todas las insignias de su elevada dignidad como en los mejores tiempos del reinado de Moctezuma, se presentaba trayendo en sus brazos un pequeño ídolo del sanguinario dios de la guerra.

Apenas el grupo de los conjurados le veía llegar, postrábanse en tierra y con verdaderos alaridos de dolor y vertiendo lágrimas de los ojos, lamentábanse de su suerte infausta y sus desgracias.

Alzaba entonces su voz el sacerdote y con entonación airada é iracunda les decía:

—No, no es así, últimos y nobles guerreros aztecas, como mejor podéis servir á vuestros dioses: dejad el llanto y los ayes á las cobardes mujeres; enjugad el llanto en vuestros ojos y levantad en el corazón el odio y en la diestra la macana. ¡Guerra! ¡guerra! hé aquí la sagrada palabra.

Los guerreros aztecas no eran sordos á la excitativa del sacerdote, y todos ellos repetían con tumultuoso afán la palabra guerra.

Si en aquellos instantes hubiese estado reunida al pie de las ruinas del templo toda la nación sojuzgada, el alzamiento contra los españoles pudiera haber tomado amenazadoras proporciones.

Pero los conjurados eran relativamente pocos para tanta empresa.

Los tlaxcaltecas no habían depuesto su odio contra los mexicanos ni aun después de consumada su ruina.

Este odio los tenía convertidos en severa policía de sus desventurados enemigos.

Bastaba que dos de ellos se reuniesen, para que los tlaxcaltecas los celaran, y ¡ay! de ellos si algo daban lugar á sospechar, porque entonces el tlaxcalteca se arrojaba sobre ellos, les daba muerte y cortándoles la cabeza se la presentaba á Cortés, que no se atrevía ni aun á reprenderlos, por tal de mantenerlos adictos á su causa.

Esto retraía de concurrir á las reuniones del ruinoso teocalli á muchos mexicanos, que temían más á un tlaxcalteca que á dos españoles.

—¿Acaso hemos de seguir siempre así?—preguntaba el sacerdote á quienes le hacían las anteriores observaciones. —¿No fueron siempre nuestros esclavos los tlaxcaltecas? ¿Hemos olvidado acaso el manejo del látigo con que azotábamos sus espaldas hasta arrancar de ellas su degenerada sangre? No; no es eso lo que detiene á los nobles mexicanos para alzarse contra ese miserable puñado de extranjeros. Lo que nos impide cumplir con nuestro deber es la cobardía que mora en nuestros corazones. Si, mexicanos, somos unos cobardes, y de esa cobardía nos da ejemplo, ó por mejor decir esa cobardía nos la infunde nuestro mismo rey Cuauhtemoc.

—¡Mientes, Ixtaolzin!—gritó con frenética cólera un nuevo personaje que en aquellos momentos se presentó frente á frente del sacerdote abriéndose paso á viva fuerza entre el círculo de los conjurados.

Era Xihuacoatl, general del ejército real.

—¡Mientes! repitió al detenerse amenazante ante el sacerdote.

—¿Puedes probarlo?—preguntó Ixtaolzin sin inmutarse.

—Puedo, contestó el general.

—¿Cómo, dilo presto; ningún placer mejor podrias darme: di cómo?

El general levantó sobre su cabeza su espada de puntas de pedernal y dijo:

—Batiéndome en sacrificio gladiatorio con cuantos osen ponerlo en duda.

Al lanzar este reto el valiente general miró en torno suyo y con provocadora intención á cuantos le rodeaban.

—¿Nadie acepta la prueba?—preguntó con desdén.

—No, nadie la acepta,—contestó por todos el sacerdote;—pero no la aceptan no por temor á tu valentía, aun cuando todos saben que es grande, sino porque seria ofender á nuestros dioses aceptar un desafío que pudiera privarles de alguno de sus mejores siervos. No, valeroso general; al presente sólo son gratos á los dioses los sacrificios de víctimas tlaxcaltecas, huetjotzincas ó españoles. Haz, pues, á un lado esa prueba y danos otra mas práctica y tan digna como ella. ¿La tienes?

—La tengo.

—Díla.

—La palabra de nuestro rey, que tengo encargo de transmitirlos. ¡Miserable aquel que de ella ose dudar!

—Sepamos cuál es esa palabra y sepamos también si merece tu insulto quien de ella ose dudar.

—Ixtaolzin, vé lo que dices, pues tu osadía lo mismo puede ser indicio de valor, que soberbio disfraz de tu impotencia.

—Xihualcoatl, guárdate de calificar lo que no sabes

comprender, pues de ello dudas. Pero en último caso, si las órdenes que traes de tu rey son las de herir á su último sacerdote, como me lo hace presumir el irrespetuoso tono en que hablas, apresúrate á herir; ni siquiera intentaré defenderme, la vergüenza de ver cómo os habéis sometido á la esclavitud me quita todo valor.

Las últimas palabras de Ixtaolzín produjeron una explosión de cólera y entusiasmo en el círculo de los conjurados.

De cólera contra el general.

De entusiasmo en favor de Ixtaolzín.

En un instante Xihualcoatl se vió solo y retado por los partidarios del sacerdote agrupados en torno de él.

Xihualcoatl no se inmutó, antes bien arrojando su espada lejos de sí y cruzándose de brazos, exclamó en alta pero sofocada voz:

—Solo y sin armas estoy: ¡matadme, rebeldes!

—¡Concluyamos!—dijo á su vez Ixtaolzín;—qué tienes que decirnos de parte de Cuauhtemoc?

—Nada; porque no merecéis oirlo.

—¡Sé prudente!—observó con calma el sacerdote.—Mal harías en irritar á los que en torno mío defienden, no mi persona, que nada vale, sino al hombre franco y sincero que de la patria les habla y capaz se cree de guiarlos á su reconquista.

—¡Ya lo había yo sospechado!—observó el general con manifiesto desprecio.

—¿Puedo saber qué es lo que ya habías sospechado?

—Que á imitación de Moctezuma, que perdió nuestra patria, tú, Ixtaolzín, pretendes pasar del calmecac al trono.

—Pues vé ahí, como te has engañado. El hombre que como yo ha merecido de nuestros dioses que ellos se pusieran en directa comunicación con él: el hombre que por inspiración divina mató dos reyes y ensalzó á otros dos; el hombre que produjo la muerte de Cuittlahuac y la ruina de su imperio después de haber recogido la profecía de los mismos labios de la madre de los dioses; es algo más que un rey, es el señor de ellos. No quiero pues para mí la imperial diadema, pero ten por seguro, general y emisario de Cuauhtemoc, que si Cuauhtemoc llegase á perder nuestra confianza, no me faltaría noble príncipe á quien elevar al trono, y ese príncipe sería el hijo de Cuittlahuac, el digno y valeroso Tezomotli.

Xihualcoatl escuchó sin la menor alteración el largo razonamiento del sacerdote y cuando éste hubo concluído dijo:

—¿Contra quién, pues, os habéis conjurado, contra los españoles ó contra vuestro rey?

—Contra quien nos impida salvar la patria, sea quien fuere.

—¿Y acaso Cuauhtemoc os lo impide?

—Eso es lo que esperamos que tú nos digas.

—¿Quién expuso su vida en bárbaro y atroz suplicio por no descubrir el paradero de los tesoros reales?

—Cuauhtemoc!—contestaron los conjurados á una voz y con entusiasmo.

—¿Y en poder de quién paran esos tesoros?

—¡En el mío!—respondió Ixtaolzín.

—¿Podéis entonces dudar que Cuauhtemoc sea amigo vuestro, cuando deja esos tesoros en vuestras manos y no quiso comprar con ellos la piedad de los españoles?

Una aclamación unánime y entusiasta respondió á la observación hecha por Xihualcoatl.

—¿Lo veis?—dijo con irreprímible gozo el nobleamigo del rey.

—¿Por qué, entonces si tanto ama á su patria y á su pueblo, no sólo no da la señal del alzamiento, sino que por conducto tuyo nos recomienda noche á noche la calma y la prudencia?

—Porque la hora de la rebelión aun no ha sonado.

—Y mientras esa hora esperamos y llega, ¿dejaremos al español afirmar su dominación?

—Esa tardanza, en nada perjudica.

—¡Eso dices!

—Eso repito.

—Explicate.

—Oídme.

El círculo de los conjurados se estrechó más y más en torno del emisario del rey.

—El secreto del poderío de los españoles está en sus terribles armas de fuego, en las cuales se produce el trueno que ensordece y el rayo que mata. Esas máquinas infernales se alimentan con unos polvos gruesos y negros que al ponerse en contacto con el fuego producen la explosión é impulsan el plomo que hiere: esos polvos son de todo punto indispensables para el disparo de las armas, que sin ellos son inútiles, y el nombre que les dan en su idioma es el de *pólvora*. Pues bien, esos polvos ó *pólvora* están para concluirseles. Hernán Cortés no oculta á sus más íntimos amigos la inquietud en que esto le tiene, y afirma que en dos acciones que se viese obligado á sostener con los mexicanos, se le acabaría el pequeño repuesto que de ella tiene, y sin las armas de fuego

su conquista se perdería sin remedio. Esto lo ha sabido Cuauhtemotzín, que habita la misma casa de Cortés en Coyoacán, y esto es lo que á deciros os envía. Dudaréis aún de vuestro rey?

Una nueva yatronadora aclamación contestó á Xihualcoatl, que lloraba de emoción y de entusiasmo.

Ixtaolzín estaba vencido y así lo confesó el mismo.

—¿Pero cuándo deben jugarse esas dos acciones que teme el conquistador?

—Pronto, muy pronto: pero sólo cuando yo os lo mande.

—Sea así: pero ¿qué plan hemos de seguir?

—Voy á deciroslo.

—El rey exige que procuréis cuanto os sea dable defender vuestras vidas.

—¿Qué importan nuestras vidas si la patria se salva?

—Mucho, puesto que á todos os ama y sois sus hijos. Sobre todo así os lo manda y obligación vuestra es obedecerle.

—Y así lo haremos: ¿pero qué batalla podremos intentar sin exponer en ella vuestras vidas?

—Todo lo tiene previsto Cuauhtemoc.

—Dinos su plan.

—Mañana van á proseguirse con nuevo impulso las obras de reconstrucción de la ciudad. Hernán Cortés, cansado de la lentitud calculada con que vosotros trabajáis, y aprovechándose de la muerte del rey de Texcoco, ha designado para ocupar aquel trono al noble cacique Ixtlixochitl, imponiéndole por condición que envíe cuantos operarios pueda haber á las manos, los cuales abundan en aquel reino y tienen justa fama de diestros en obras de construcción. Vosotros os opondréis á ello y

manifestaréis públicamente vuestro disgusto, pretextando que se os quiere envilecer declarándoos inútiles y holgazanes en presencia de otros pueblos. Estas protestas no impedirán que Cortés os obligue á estar á lo mandado por él, pero justificarán hasta cierto punto lo que habréis de hacer después, que será lo siguiente: Tomaréis conocimiento de cuanto en el día construyan los artifices texcocanos y durante la noche lo arrasareis por completo y los escombros cubriréis de lodo é inmundicia de la laguna. Al día siguiente los texcocanos se irritarán contra vosotros; vosotros procuraréis exasperarlos y cuando el motín llegue á su colmo gritaréis ¡muéras! y temiendo los españoles una sublevación, dispararán sus armas sobre los amotinados: de tantas balas como hieran á los texcocanos os libraréis vosotros, y los que eso no logren y sean heridos ó muertos habrán cumplido su deber para con su patria y con su rey.

Xihualcoatl concluyó de hablar entre las aclamaciones de los que una hora antes habríanle dado muerte sin remordimiento alguno, y la reunión fué disolviéndose poco á poco y no mucho antes de que el sol, asomando su rojo disco detrás de las montañas, tiñese de sangrienta y purpúrea luz la ruinoso mole del templo de Huitzolopochtli.

Capítulo VIII

¿Cuál es el más grande amor?

Uno de los rayos de aquel sol que vimos tiñendo de rojizo color el derruido templo de Huitzolopochtli, iluminaba con dorados reflejos las canas de un anciano soldado español, sentado á la puerta de unas de las primeras casas que se veían á la entrada de Coyoacán en camino de México.

Un momento hacía que el nuevo personaje que vamos á dar á conocer á nuestros lectores, había retirado de sus cejas la mano con que, á manera de toldo, defendía sus ojos de los rayos del sol, para mejor observar el camino.

Por éste veíanse avanzar con paso apresurado un joven indígena, al cual aguardaba el español con grande interés é impaciencia, sin duda, pues uno y otra salíanle sin disfraz alguno al venerable semblante.

Cuando el indígena hubo llegado, el anciano le tendió los brazos y en ellos le estrechó con gran cariño, diciéndole:

- ¡Mucho has tardado hoy, hija mía!
 —La reunión se ha prolongado como nunca.
 —¿Tuvo importancia?
 —Sí, tanta como me lo había yo imaginado.
 —Bien, hija mía, bien: ahora me lo contarás todo: entra en la casa á cambiar tus vestidos: aquí te espero yo.

La joven, pues mujer era en efecto el supuesto indígena, siguió la indicación del anciano que, durante un momento, quedó de nuevo solo.

No fué largo ese momento.

La joven volvió á salir completamente transformada.

El traje indígena que vestía en el instante en que la conocimos, quitaba á su hermoso cuerpo toda la gracia y encantos que en alto grado poseía.

Con el traje propio de su sexo la joven estaba hermosísima.

Dos gruesas trenzas de un pelo negro y algo fuerte le caían sobre el pecho hasta mucho más abajo de la cintura, contrastando con la nivea blancura de la fina túnica de algodón, bordada de hilos de colores, que en amplios pliegues descendía hasta sus piés, dejando descubierto por el ancho escote una parte del bien formado seno y dos brazos admirablemente contorneados.

Negros eran sus grandes ojos, capaces lo mismo de dulce y melancólico mirar que de iluminarse con los relámpagos de una energía semisalvaje.

Pequeña la nariz, y no tanto en relación la boca, provista de labios algo gruesos, pero esculturalmente recortados, de modo de permitir descubrir dos filas de dientes muy menudos y de una extrema blancura.

En el resto de su cuerpo, ni muy alto ni muy bajo, la suelta y amplia túnica revelaba la suavidad de sus cur-

vas y la femenil morbidez, rematando en un pié pequeño, arqueado y alto de empeine.

El color era moreno claro, lo bastante para aproximarse mucho al sonrosado, especialmente en las mejillas.

Era sin duda una de las más hermosas mujeres mexicanas.

Su voz era suave y enérgica á la vez, y aunque con grandes defectos de pronunciación hablaba el castellano con bastante facilidad.

Al salir de la casa con paso breve, corto y hasta cierto punto nervioso, corrió á sentarse al lado del viejo español que sonrióse gozoso al verla llegar tan sencilla y hermosa.

—Habla, hija mía,—le dijo besándola cariñosamente en la frente;—¿le has visto?

—Sí, padre mío: le he visto: continúa en la misma gruta del cerro de Tepeyac en que le tienen prisionero: pero su vida no corre riesgo alguno, te lo juro por esa misma Virgen María, cuyo nombre me has puesto y cuya imagen me has enseñado á amar. El noble Tezomotli no ha podido facilitarle la fuga, pues le vigilan de un modo extraordinario, pero Ixtaolziñ y todos los conjurados le han prometido que no será sacrificado sino el día en que á la vez puedan sacrificarme á mí.

—¿Y sabiéndolo tú, te expones á caer en sus manos asistiendo á las juntas de los conjurados?

—Pues qué, padre mío, ¿acaso no tienes ya en la santa Virgen, la fe y la confianza que en mí has sabido infundir?

—No, hija mía, no es eso: libreme la divina Señora de desconfiar de ella y de su omnipotencia sin límite. In

grato y más que ingrato, impío podría en tal caso ser llamado. No, hija mía; catorce años he vivido cautivo de los moros, y en esos catorce años, diez veces al día en cada uno de cuantos los formaron, la Santa Señora me salvó de la muerte y me fortaleció con su divina gracia. A ella le debí el haber sido rescatado por los santos padres de la Merced y redención de cautivos, y el haber logrado llegar hasta estos apartados reinos en seguimiento de mi Gonzalo. ¡Pobre hijo mío! ¿cómo podré creer que no le salvará la Virgen Santísima Nuestra Madre, cuando á mi me salvó y mi Gonzalo padece lo que padece sólo por haber querido rescatar á su padre?... No, no dudo de ello, hija mía: ya te lo he dicho otra vez, yo fui rescatado por los Mercedarios, el mismo día precisamente en que ocurrió la jornada de la Noche Triste, en que Gonzalo fué hecho prisionero y perdió el oro, precio y valor de mi rescate. La divina Señora hizo, pues, por mano de los padres Mercedarios, lo que á las de mi hijo impedía hacer la fatalidad. Dios hizo después que yo pudiese arribar á estas regiones y en ellas encontré á mi hijo y á tí te conocí para mi bien y mi consuelo. La desgracia quiso de nuevo poner á prueba la fortaleza de mi corazón, y durante el sitio de la capital Tezomoti penetró en nuestro campo, te arrebató de mis brazos y te introdujo en la ciudad sitiada. Creí que mi Gonzalo se volvía loco al enterarse de ello. Desde el momento en que lo supo, nadie le aventajó en intentar y concluir prodigios del más temerario valor, sólo por salvarte si vivías, ó vengarte si habías muerto. Mil veces le lloré perdido, pues no le veía volver con los asaltantes de la ciudad. Pero más tarde regresaba, el último de todos. Se había quedado en la ciudad procurando hallarte

ó saber de tí. No lograba lo primero, pero sí lo segundo y llorando de gozo se arrojaba en mis brazos repitiéndome, «¡vive! ¡vive! lo sé: ¡la salvaré, padre mío! ¡la salvaré! ¡la Virgen me lo aseguró anoche, durante mi sueño!»

—¡Bendita Virgen María! ¡Gonzalo de mi corazón!

—Por fin, sucumbió México y Gonzalo te buscó durante varios días sin lograr encontrarte.

—Pero al fin...

—Sí; al fin llegó un día contigo: te había salvado.

—¡Oh, mi querido español!

—Pero para salvarte había tenido que herir gravemente á Tezomoti: Tezomoti había sido su salvador y mi hijo con nadie es ingrato. Apenas te depositó en mis brazos corrió despreciando todo riesgo á tender los suyos á Tezomoti, y en el instante en que lo lograba, los conjurados le sorprendieron y de él se apoderaron. ¡Oh, entonces sí que le creí perdido para siempre! Pero de nuevo Dios acudió en mi favor y tú te ofreciste á buscarle y le encontraste.

—No sólo le he encontrado, padre mío, sino que también le salvaré.

—¿Cuándo?—preguntó el anciano con impetuosa impaciencia:

—Mañana mismo tal vez, pasado mañana á lo más.

—¿Cómo? ¿de qué modo?

—Próximo está á estallar un motín contra los españoles; lo he oído decir esta misma noche en la reunión que han tenido en el teocalli y á toda lo cual he asistido sin ser conocida, merced á mi disfraz. La rebelión estallará mañana so pretexto de una rivalidad con los texcocanos. La orden es que todos los conjurados bajen mañana á la capital, sin exceptuar ninguno, á trabajar en la construs.

ción de los diversos edificios ideados por Cortés. Abandonarán, por lo tanto, sus guaridas del Tepeyac, ó cuando mucho dejarán en ellas escasa guardia. En consecuencia, mi plan consiste en que tú, padre mío, con tus amigos os dirijáis al Tepeyac guiados por mí, y una vez allí, mientras los conjurados se batirán con los españoles, nosotros pondremos á Gonzalo en libertad.

—Bien está todo eso,—observó el anciano con una calma y entonación impropias del caso, pues no se revelaba en ellas la natural alegría de un padre que juzga posible y realizable la salvación de un hijo amado;—pero ¿esa conjuración puede poner de algún modo en peligro grave la obra de Hernán Cortés?

La joven, que era la heroína Xochitl, no pudo ocultar su sorpresa ante la reposada actitud del anciano.

—No tardes en responderme, hija mía : lo repito; ¿puede esa conjuración poner de algún modo en peligro la obra de Hernán Cortés?

—Padre mío, me da miedo responderte, no sé por qué; pero no por eso dejaré de decirte la verdad.

—Dila, hija mía, dila. ¿Hay para Hernán Cortés algún riesgo?

—Sí; sí le hay.

—¿En qué consiste ese riesgo? ¡habla!

—En que sabiendo los mexicanos que lo que vosotros llamáis *pólvora* está para concluirse, y que sin ella vuestras armas de fuego ya no son temibles...

—Quieren obligarnos á acabar con ella cuanto antes, ¿no es cierto?

—Sí, lo es.

El anciano se levantó de su asiento é irguiéndose como antiguo soldado que había sido, exclamó:

—Y bien, en ese caso es necesario avisar inmediatamente á Hernán Cortés.

Xochitl se levantó á su vez rápidamente y deteniendo al anciano, que ya había comenzado á andar, le dijo:

—¿Qué vas á hacer, padre mío? Si Hernán Cortés llega á saber que los mexicanos no ignoran la escasez de pólvora y su plan para concluir con ella, dará orden de combatir sólo al arma blanca, y en tal caso los conjurados cesarán de luchar en el mismo momento, no dándonos lugar ni ocasión de salvar á Gonzalo.

—¡No importa!—contestó el anciano con feroz heroísmo;—la patria, el deber, son lo primero.

Xochitl se sintió herida en lo más íntimo del corazón y del orgullo, y poniéndose frente á frente del anciano, exclamó:

—En ese caso mi patria y mi deber están antes que los tuyos. ¿Quieres sacrificar á tu hijo? y bien, yo te ayudaré. Conozco el sitio en que Hernán Cortés guarda su pólvora: yo la haré volar esta misma noche.

El viejo soldado intentó hacer á un lado á la valerosa joven y seguir andando, pero ésta volvió á ponersele enfrente y sacando de entre su túnica un pedreñal, especie de pistola de la época, y apuntando con él al anciano, gritó con energía:

—¡Quieto ahí, ó en defensa de tu hijo te doy muerte!